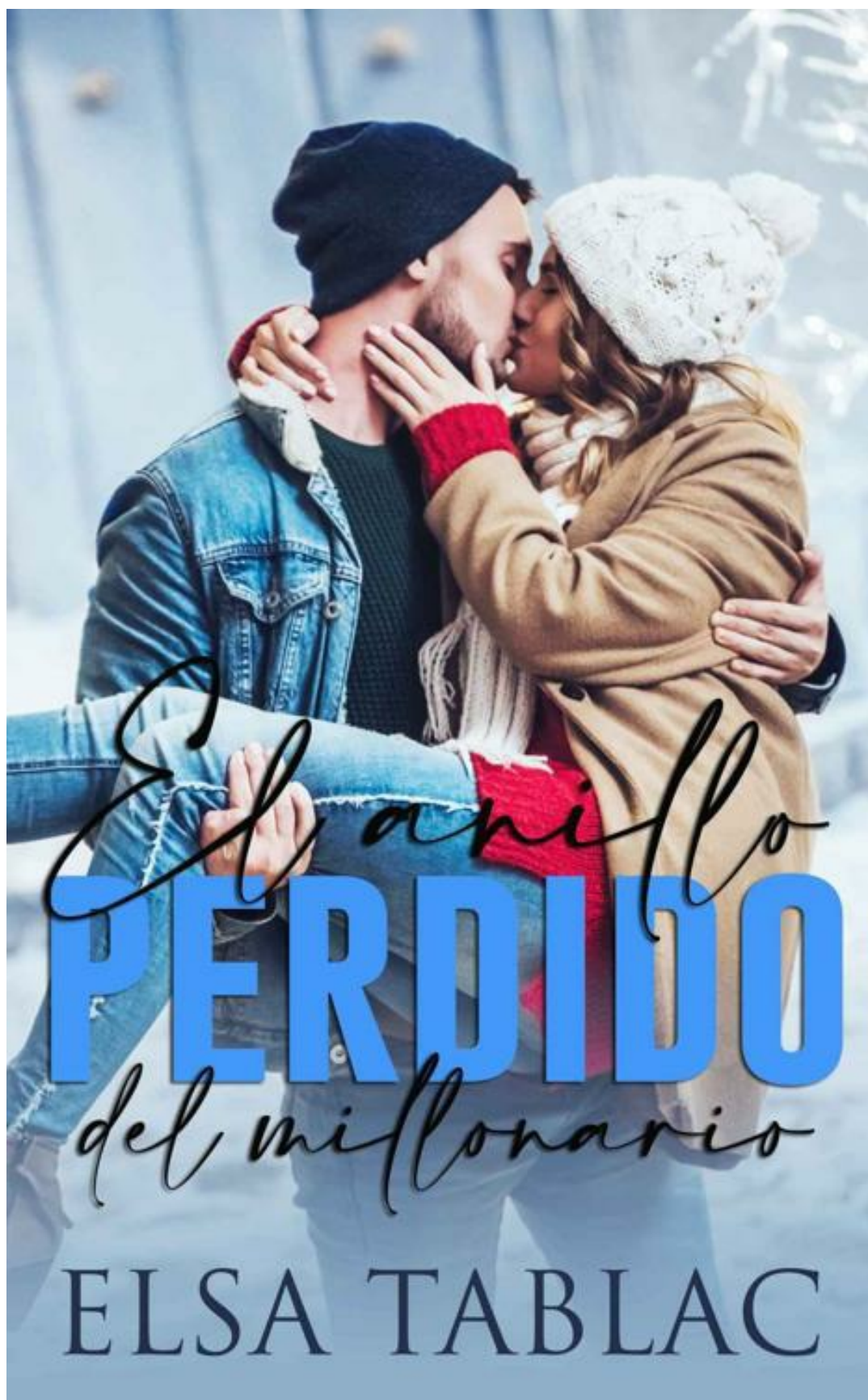




El anillo
PERDIDO
del millonario

ELSA TABLAC



El anillo
PERDIDO
del millonario

ELSA TABLAC

Contenido

[CRÉDITOS](#)

[SINOPSIS](#)

[EL ANILLO PERDIDO DEL MILLONARIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[EPÍLOGO](#)

[EL CAZADOR Y LA HEREDERA](#)

[ELLA, INCORREGIBLE](#)

[NEWSLETTER](#)

[Otros títulos](#)

EL ANILLO PERDIDO DEL MILLONARIO

Millonarios de Manhattan #12

Primera edición: Noviembre 2024

Copyright © Elsa Tablac, 2024

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Ellen encuentra un anillo de compromiso en la nieve de Central Park.

Dispuesta a hacer una buena obra y devolvérselo a su dueño, envía un mensaje a través de las redes sociales; sin sospechar que eso la llevará directamente al caos... y a los brazos de Archie Clarke, un atractivo millonario de Manhattan.

Lo que comienza como un favor inocente para acompañarlo a una cena de altos vuelos se convierte a toda velocidad en un torbellino de secretos familiares y momentos tórridos.

Y con su exprometida ya fuera de la ecuación, Ellen y Archie descubrirán que, a veces, el amor aparece cuando menos lo esperas y con quien menos imaginas.

El anillo perdido del millonario
Millonarios de Manhattan #12

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

ELLEN

Era uno de esos días en los que Manhattan se disfrazaba de postal navideña: Central Park cubierto de nieve, niños lanzándose bolas y patinadores haciendo piruetas perfectas alrededor del lago.

Yo, en cambio, parecía cualquier cosa menos elegante; envuelta en una bufanda gigante que me hacía parecer un oso polar, y con botas que, en lugar de mantenerme firme, me hacían resbalar cada dos pasos. La gracia invernal no era lo mío. Soy más de primavera, esa es la verdad.

Había salido para tomar un poco de aire fresco, intentando huir de la vorágine de trabajo, redes sociales y notificaciones de WhatsApp; todas gritándome a la cara “reunión de urgencia” y “por favor, confirma”.

Mi plan era encontrar un banquito tranquilo, sentarme, respirar hondo y recordar qué se sentía estando en paz, aunque solo fueran cinco minutos. Pero como si el universo estuviera empeñado en sabotearme, un ruido sordo me detuvo. Mi pie había dado con algo duro y tropecé.

Di un traspiés y entonces lo vi.

Algo que brillaba en medio de la nieve.

Era un anillo.

Lo recogí, y, al sacudir la nieve de encima, vi que no era cualquier anillo. Este era de los serios: enorme pedrusco central, bordeado de pequeños diamantes en fila y con un brillito que gritaba “caro” por sus cuatro costados. Lo sostuve entre los dedos, dándole vueltas y pensando en lo que debió sentir quien lo perdió. Y entonces me fijé en la inscripción en el interior: *“Para Amelia, con amor, de Archibald”*.

Me eché a reír. Esto no podía ser real.

—¿En serio, Amelia? ¿Perdiste un anillo como este y ni siquiera te diste cuenta? —murmuré para mí misma, imaginando el caos de una ruptura dramática o, mejor aún, una historia de amor accidentada que estaba destinada a reconstruirse gracias a mí.

En fin, era una película interesante, y ya la tenía clara en mi cabeza. La fantasía es lo mío.

Decidí que tenía que hacer algo al respecto.

Este anillo, claramente, pertenecía a alguien con muchos recursos (el nombre, Archibald...en fin, era casi victoriano) y tal vez estaba desesperado buscándolo.

Así que, armada con mi fiel teléfono, le hice una foto. Me debatí entre subirla a Twitter o a Facebook. Al final, opté por Facebook; donde, pensé, tendría más alcance entre los tíos y primos de Amelia y Archibald, o al menos entre la gente que disfrutaba de un buen cotilleo.

Redacté un post rápido para acompañar a la foto, con mis dedos ultraveloces:

¡Atención, Manhattan! Acabo de encontrarme este anillo en Central Park. Parece ser de alguien llamado Archibald y es para una tal Amelia. ¿Alguien conoce a esta pareja? ¡Que corra la voz antes de que me lo quede yo y lo use como pisapapeles!

Volví a la oficina después de airearme, y para la hora del almuerzo, mi *post* había corrido como la pólvora. Se había compartido más de quinientas veces. Entre reacciones y comentarios, mi teléfono no dejó de vibrar en todo el día.

Las teorías eran tan variopintas como descabelladas: desde “seguro que es de un magnate” hasta “fijo que Amelia rompió con él y tiró el anillo como venganza”. Alguien incluso comentó que el pedrusco seguro que estaba maldito, y no faltaron las recomendaciones para *quedármelo* como imán de la “buena suerte”.

Claro, porque lo que me falta en la vida es un novio llamado Archibald que pueda aparecerse de la nada, exigiendo que le devuelva su anillo perdido.

Cuando llegué a casa ese día guardé el anillo en el cajón, sin saber muy bien qué hacer con él y pasados unos días, me había olvidado un poco de aquella historia.

Ya pensaba que el famoso Archibald probablemente estaba en una isla, tomándose un cóctel con la tal Amelia. Pero entonces recibí un mensaje en mi bandeja de entrada de Facebook. El remitente era “Archibald Clarke”.

No pude evitar una carcajada de satisfacción. ¡Así que el famoso Archibald sí existía! Y, aparentemente, había decidido responder a mi llamada. El mensaje decía:

Hola, me llamo Archibald Clarke. Creo que encontraste algo que me pertenece. Por favor, escríbeme o llámame. Mi número es 646-322-4456.

Lo primero que se me ocurrió fue: *Dios mío, Archibald Clarke. Esto es más serio de lo que pensé.* Lo segundo fue reírme de que realmente alguien llevara por la vida el nombre de Archibald y que, además, sonara... encantador. Decidí no precipitarme. Le respondí con la calma de quien no quiere parecer demasiado ansiosa. Pero lo cierto era que aquello era lo más emocionante que me había pasado esa semana.

Le contesté:

Hola, Archibald, sí, tengo tu anillo a buen recaudo. ¿Es una joya familiar? Puedes llamarme al 917-477-0098.

No pasaron ni diez minutos antes de que mi teléfono sonara. Sorprendida, miré la pantalla: era él. Al parecer, el señor Archibald Clarke no era de los que pierden el tiempo. Respondí.

—¿Ellen? —dijo una voz grave al otro lado.

Me sorprendió aquella voz. Me esperaba un abuelo, la verdad. Pero parecía un chico bastante joven. Tal vez de mi edad, ¿unos treinta años?

—La misma. ¿Con quién hablo? —pregunté, aunque sabía perfectamente quién era.

—Soy Archie Clarke. Me temo que encontraste el anillo que... —pareció titubear un poco, lo cual me pareció adorable—, bueno, era para Amelia. En Central Park.

—Sí, leí la inscripción. Muy romántico, por cierto. Se nota que hay historia —contesté, con un toque de ironía que ni siquiera intenté disimular.

Él soltó una risa, y, contra todo pronóstico, sonaba triste. Pero algo en ella me hizo sonreír.

—Bueno, sí, intenté ser original, aunque parece que el anillo tenía otros planes.

—¿Qué pasó? ¿Se le cayó en mitad de una pelea? —pregunté, entre risas, imaginando toda clase de escenas peliculeras.

Se rio de nuevo, pero esta vez... como si estuviese un poco avergonzado.

—Digamos que se nos cayó cuando... bueno, estábamos... —vaciló—. Mira, no importa.

Decidí no insistir. No quería arruinar el poco de misterio que le quedaba a este personaje.

—Bien, ¿qué tal si quedamos para devolvértelo? Ya sabes, antes de que le empiece a tomar cariño y decida quedármelo.

Suspiró.

—Claro. ¿Mañana? —propuso él con firmeza—. Podría ser en algún lugar tranquilo.

—Suelo hacer una pausa para almorzar sobre las doce del mediodía —pensé rápido en algún sitio—. ¿Qué le parece la cafetería frente al lago, en Central Park? A las doce y cuarto. Le recomiendo bufanda y guantes; hace un frío que pela.

Hubo una pausa breve, y pude imaginarlo dudando, probablemente sorprendido por la familiaridad de la propuesta. Al fin, aceptó.

—Perfecto. Nos vemos mañana a las cinco. Y Ellen... gracias por encontrar el anillo y conservarlo. Por cierto, no hace falta que me trates de usted. No soy un abuelo, aunque mis lumbares a veces insistan en lo contrario.

Me reí. ¿Era posible que el señor Clarke y yo tuviésemos un sentido del humor parecido?

—Nos vemos mañana entonces... Archie.

Colgué y guardé el teléfono en el bolsillo.

Abrí el cajón y miré el anillo otra vez. Increíblemente, no me lo había probado.

Y algo me decía que no se me ocurriese hacerlo.

El día siguiente, sin duda, iba a ser interesante.

CAPÍTULO 2

ARCHIE

La cafetería del parque estaba en pleno apogeo: luces de Navidad, el aroma del café recién molido y villancicos sonando suavemente de fondo.

Estaba esperando a aquella chica, a Ellen, en una esquina junto a la ventana, con la espalda recta, como si estuviera en una reunión de negocios. No estaba seguro de qué esperar de alguien que, a través de Facebook, había dejado claro que el anillo que había encontrado valía “al menos como pisapapeles”.

Levanté la vista en cuanto oí la campanilla de la puerta, y allí estaba, muy puntual. La reconocí enseguida por su foto de perfil: bufanda gigante, gorro de lana torcido, y una sonrisa enigmática, como si supiera algo de lo que yo no tenía ni idea. Su cabello estaba algo alborotado por el viento, y eso hacía que pareciese... bueno, una chica natural. Supuse que estaba acostumbrado a mujeres con *looks* demasiado calculados, y verla a ella tan auténtica fue un alivio.

Al fin alguien normal, pensé.

Se detuvo frente a mí y me examinó como si estuviese mirando a través de un microscopio.

Tal vez no tan normal.

—¿Tú eres Archibald Clarke? —preguntó, aunque no parecía estar realmente dudando. Se sentó frente a mí sin esperar una invitación, se quitó el gorro y se sacudió algunos copos de nieve del cabello—. Te lo advierto, no soy muy de formalidades, así que Archibald me suena... raro.

Sonreí. Intentaba relajarme.

—Llámame Archie.

Pensó un momento y asintió con una sonrisa.

—Mucho mejor, Archie. Bueno, aquí estoy con tu anillo perdido. Un placer conocerte. No esperaba que fueses tan...

Se me quedó mirando.

Imposible saber si lo que estaba viendo le gustaba, o si al menos le producía un poco de curiosidad.

De repente quería saber más sobre ella. ¿Y si...? Me eché un poco hacia adelante para dejar atrás el incesante murmullo de la cafetería.

—El placer es mío. Gracias por encontrarlo y no venderlo en eBay.

—¡Me costó trabajo! —respondió, con un tono completamente serio, y luego se echó a reír—. Ya en serio, espero que valga la pena el paseo en medio de este vendaval, que casi me deja sin nariz.

Sonreí, cada vez más relajado.

—Entonces, ¿estás segura de que es mío?

Ella parpadeó.

—Oh, ¿cómo sé que eres realmente quien dices ser? Supongo que debería pedir que me enseñaras tu...

Saqué mi billetera y le mostré mi identificación, deslizándola hacia ella. Ellen se inclinó para observarla detenidamente, y después levantó la vista, fingiendo seriedad. Me miró varias veces a los ojos, y después a la foto de la tarjeta.

—Es bastante reciente...

—Sí. Lo renové hace dos semanas.

—Bueno, parece que eres tú. Aunque lo de Archibald...

—Culpa a mi familia —admití, levantando las manos—. Alguien decidió que llamarme Tom sonaría menos elegante.

—Elegante, claro. Nada dice “elegancia” como alguien perdiendo un anillo de compromiso en Central Park —dijo esto en tono sarcástico, aunque con un brillo juguetón en los ojos—. No te preocupes, aquí tienes tu joya, sana y salva.

Me tendió el anillo, y nuestros dedos se rozaron por un segundo cuando lo cogí. Una chispa de electricidad recorrió aquel contacto, y no pude evitar mirarla a los ojos. Algo en su mirada era genuino, cálido.... No sabría explicarlo. Sentí una atracción instantánea.

—Gracias por guardarlo —murmuré, recuperando el tono serio.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, no todos los días encuentras un anillo tan bonito en medio de la nieve. Y, además, se me da bastante bien encontrarle dueño a las cosas, ¿sabes? —agregó, riéndose—. Tengo fama de buena detective en mis ratos libres.

Inspiré. ¿Era ella la adecuada para...? Algo me decía que sí. Pero algo me decía también que no aceptaría. Cuando iba a hablar me preguntó:

—¿Y Amelia?

—Qué pasa con Amelia.

—Bueno...es tu... ¿prometida?

—Pues no. Obviamente ya no lo es.

—¿Te ha dejado porque perdiste el anillo?

Abrí la boca y la cerré de inmediato. Lo cierto era que no quería hablar sobre Amelia. Había decidido desde esa mañana que ya pertenecía definitivamente al pasado.

—Es un poco más complicado que eso —le dije al final—. La cuestión es que eso ya... terminó.

—Oh...

—Ellen, mira...Te voy a hacer una propuesta que puede parecer un poco extraña.

Ella me miró, levantando las cejas.

—¿Apenas nos conocemos y ya hay una propuesta para mí? ¿No crees que vas algo rápido?

Dios, ¿aquella chica se estaba quedando conmigo?

Le sonreí, relajándome un poco más en la silla.

—Nada de matrimonio, tranquila —aclaré—. En realidad, necesito un favor.

Ella se inclinó hacia adelante, curiosa.

—Vale, me has intrigado. ¿Qué clase de favor necesita un tipo llamado Archibald Clarke de la desconocida que encontró su anillo?

Tomé aire y me armé de valor. Esto iba a sonar raro.

—Verás. Mi familia organiza una fiesta navideña cada año, a mitad de diciembre. Una gran fiesta, todo el mundo va, ya sabes, la típica noche en la que las familias se reúnen y se lanzan indirectas “sutiles” sobre la vida amorosa del prójimo.

—Suenan encantadores —respondió Ellen, con cierto tono sarcástico—. ¿Y qué tengo yo que ver en esa hermosa estampa familiar?

—Pues... —vacilé, preguntándome si de verdad iba a decir esto—. Creo que necesito que me acompañes como si fueras mi... pareja.

Ella parpadeó, y después soltó una carcajada tan espontánea que varios clientes se giraron hacia nosotros.

—¿Tu... qué?

—Mi pareja —repetí, tratando de sonar más seguro. No era fácil con aquella sonrisa burlona frente a mí—. Mi nueva “novia”, para ser exactos.

—Espera, espera —dijo, aún riendo—. ¿Quieres que finja ser tu novia? ¿En la cena navideña de tu familia?

Asentí, tragando saliva. No me gustaba pedir este tipo de cosas, pero Ellen parecía estar divirtiéndose con mi incomodidad.

—Algo así. Si no llevo a alguien, me enfrentaré a un auténtico tercer grado... y a insinuaciones desagradables sobre mi vida amorosa, que ha sido un poco turbulenta últimamente. Ya sabes, del tipo “¿qué pasa con Archibald y el amor?”. Y para ser honesto, me vendría bien un respiro. Iba a llevar a Amelia pero... bueno, eso al final no será posible.

Me miró, pensativa. Su sonrisa seguía ahí, pero ahora había algo de curiosidad detrás.

—¿Cuándo es esa reunión?

—En cuatro días.

—No puedo negar que todo esto me produce cierta... curiosidad. Nunca me han propuesto algo así, pero... ¿qué gano yo con todo esto, Archie?

Sonreí, anticipándome a esa pregunta. Me incliné un poco hacia adelante.

—Podemos negociar. ¿Qué necesitas? ¿Un fin de semana en el spa? ¿Un par de entradas para un concierto? —sonreí para suavizar la propuesta—. Sé que parece un poco loco, pero realmente te lo agradecería. Cuando conozcas a mi familia entenderás el porqué.

Ellen me observó por un momento, evaluándome. Luego suspiró, apoyando la barbilla en una mano.

—Bueno, supongo que luego me arrepentiré, pero acepto... con una condición.

—¿Cuál? —pregunté, sorprendido y aliviado de que estuviera considerando la idea.

Ella me apuntó con un dedo, como si estuviera firmando un contrato invisible.

—Quiero que me cuentes tres secretos vergonzosos sobre ti. Algo que nadie más sepa. Ya sabes, para que esto parezca auténtico.

La miré, incrédulo.

—¿Tres secretos? ¿No puedes conformarte con uno?

Ellen negó con la cabeza, sonriendo.

—No, señor. Tres. Y nada de versiones censuradas, quiero lo jugoso.

Reí. Esto no era lo que esperaba, pero ella estaba en su derecho de poner condiciones.

—De acuerdo —acepté—. Te diré uno ahora. Los otros dos, durante la fiesta. ¿Te parece?

Ellen asintió, encantada.

—Perfecto, soy toda oídos.

Respiré profundo y solté uno de mis secretos menos halagadores.

—Nunca compré ese anillo para Amelia. Es una vieja joya de la familia. Perteneció a mi abuela Hanne. Solo que creí que ella, Amelia, sería... la destinataria final. Y por eso grabé su nombre junto con el mío. Supongo que ahora, aunque eso pueda arreglarse, está ya un poco arruinado. Tal vez incluso maldito. Mi madre no sabe que la abuela Hanne me cedió esta joya

para mi futura esposa.

Me miró perpleja, y después sonrió con dulzura.

—Buen comienzo, Archie. Me gusta la gente que comete errores épicos —sonrió—. Bueno, cuenta conmigo para la fiesta. Que sea lo que tenga que ser.

CAPÍTULO 3

ELLEN

Mi compañera Constance estaba terminando de ordenar los informes de la mañana en la oficina cuando me lanzó una mirada curiosa.

—Bueno... ¿qué pasó al final con el anillo, Ellen? —preguntó, alzando una ceja con ese aire de detective aficionada que adoptaba siempre que olía un drama—. Ya sabes que desde que lo encontraste en Central Park, no se habla de otra cosa por aquí.

Suspiré, aunque la verdad es que no me importaba contar la historia otra vez.

—Bueno, al final encontré al dueño... o él me encontró a mí. Así que se lo devolví. Era una joya de su familia.

Intenté hacerme la desinteresada, pero fallé miserablemente. No pude evitar sonreír al recordarlo.

Constance se inclinó hacia adelante, con una mirada escéptica.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es él? ¿Estilo príncipe azul o más bien sapo elegante?

—Un poco las dos cosas, para ser sincera. Es atractivo, pero tiene ese aire de millonario modernito... ya sabes, como si hubiera nacido con un yate bajo el brazo pero sin querer aparentarlo. Es guapo y joven, más o menos de nuestra edad, cosa que me sorprendió. Pero tenía unos modales un poco antiguos.

—¡Anda! O sea que... ¡un millonario de los de verdad! De pura cepa.

—Más o menos. No me contó mucho sobre lo que hace, pero me dijo que era inversor en una empresa tecnológica. De todas formas eso no es lo más fuerte. Escucha. Me pidió algo bastante extraño.

Constance dejó los papeles encima del archivador y me prestó toda su atención. Se acercó un poco más, emocionada.

—No me digas que te pidió matrimonio.

—No, pero casi —me reí—. Me pidió que lo acompañe a una fiesta navideña esta noche, una reunión familiar... fingiendo ser su novia.

—Venga ya.

—Te lo juro.

—¿Qué?

Su voz salió en forma de grito descontrolado, hasta nuestro jefe salió de su oficina para mirarnos mal.

—Shhhhh, ¡Constance! Nos vas a meter en un lío.

—No. Te vas a meter en un lío tú, querida. A ver, ¿cómo sabes que no es un tipo raro? O peor... ¿un estafador?

Me encogí de hombros.

—Eso pensé. Pero, no sé... algo en él me dice que es de fiar. Me fío de mi instinto.

Constance chasqueó la lengua.

—Eso dices ahora, pero... ¿qué vas a hacer si se presenta vestido de Papá Noel en una limusina? A lo mejor es un psicópata, Ellen. ¿Es que no ves los documentales de Netflix que te recomiendo?

Me reí, pero mi amiga seguía mirándome como si hubiera perdido la cabeza.

—Mira, Constance, estoy siendo sincera: no sé qué me pasa. Archie parece... especial. Hubo un momento en que lo miré y pensé “¡Ups!”, como si me hubieran dado una bofetada. ¡Y no soy de esas!

Constance suspiró, resignada.

—O sea, que te ha gustado.

No quería reconocerlo.

¿Era una locura?

—Bueno, digamos que pensé que aceptar su propuesta era mi única opción para volver a encontrarnos.

—Ellen, en serio. ¿Y si resulta ser el clásico narcisista que anda buscando diversión y después desaparece en su jet privado? Yo que tú, lo investigaría. Vamos, déjame abrir Google.

Constance era rápida, y no tardó ni dos segundos en teclear su nombre en el buscador. Los primeros resultados salieron al instante.

—¿Archibald Clarke, no? —preguntó, alzando las cejas mientras leía en la pantalla—. ¡Oh, vaya, Ellen! No me digas que no lo has buscado. No me lo puedo creer.

No lo había buscado, no, porque aunque en otro momento de mi vida me habría desvivido por saber quién era aquel chico, en ese momento estaba metidísima en nuestro juego de casualidades, y preferiría ir descubriéndolo poco a poco. Aún así, no pude evitar la curiosidad por ver qué encontraba Constance.

—¿Qué has visto?

Me acerqué a la pantalla.

—Pues por aquí dice que es el CEO de Clarke Tech Enterprises —Constance se giró hacia mí con una sonrisa triunfal—. Eso es... ¡como el equivalente a una familia real en el mundo de los negocios! Su familia es dueña de un imperio inmobiliario; o sea, hoteles, rascacielos, centros comerciales...

Me llevé una mano a la boca. Eso era justo lo que me temía y no quería ver hasta no encontrarme de bruces con ello. Sabía muy bien que toda esa información me pondría aún más nerviosa. ¿Estaría yo a la altura de aquello?

—No tenía idea de que fuera tan... importante —susurré—. Te juro que parece alguien bastante normal.

Constance se echó a reír, cruzándose de brazos.

—Oh, querida. “Importante” es poco. Estamos hablando de uno de los herederos más ricos de Nueva York —me miró fijamente, con sus ojos brillando de emoción—. ¿Sabes lo que significa esto?

—¿Que soy una completa ingenua?

—No, eso también. Pero, además... ¡estás a punto de ir a una fiesta navideña de ricos y famosos! Vamos, cuéntamelo todo bien. ¿Le has dicho que sí?

—Sí, y ya estoy empezando a arrepentirme.

Me miró como si fuese la prota de una película.

—Mira, en serio, si vas a ir a esa fiesta, quiero cada detalle, ¡todos! Me escribes un mensaje en cuanto llegues a casa. Y si él se comporta raro, envíame un SOS. Quiero estar al tanto. Has

hecho bien en contármelo.

Me reí y asentí, aunque ahora sentía los nervios en el estómago. Si ya estaba nerviosa antes, ahora ya hasta lo acusaba físicamente.

—¿Y qué crees que debería llevar puesto? —pregunté, sintiéndome un poco insegura.

Constance suspiró.

—Bueno, Ellen, no creo que un vestido de secretaria vaya a impresionar a la élite de Manhattan. Vas a necesitar algo que diga “soy elegante pero en realidad no me importa tanto la elegancia”. ¡Ah, y nada de colores apagados! Si Archie Clarke es tan importante como nos dice Google, tienes que dejarte ver.

—Perfecto, o sea que según tú ahora tengo que impresionar a una sala llena de multimillonarios —me lamenté, mientras ella me daba unas palmaditas en el hombro.

—Vamos, Ellen, con ese chico, es el momento ideal para sacar tu mejor cara. Además, él te eligió para acompañarlo. Seguro que le gustaste. Así que, ¡nada de dudas! Eso sí, si pasa cualquier cosa, me escribes, y te enviaré refuerzos.

Sonreí, agradecida por tener a Constance allí. En medio de toda esta locura, ella siempre tenía los pies en la tierra, recordándome que, por muy glamurosa —o absurda— que pareciera esta situación, podía tener consecuencias.

—¿Sabes? En el fondo estoy muerta de miedo —admití.

—Pues bienvenida al club, cariño. A mí también me daría miedo. Pero, hey, ¡tienes alfombra roja para entrar en el mundo de los ricos! Y si no funciona, bueno, al menos habrás tenido una experiencia interesante que contarme. ¿No decíamos el otro día que nos vendrían bien algunas aventuras locas?

La miré, pensativa. Constance tenía razón, como siempre.

—Vale, te prometo que, si pasa algo, serás la primera en saberlo. Y te mando un mensaje en cuanto esté en casa sana y salva.

Ella sonrió y me dio un abrazo rápido.

—Así me gusta. Y no te preocupes, Ellen, aunque sean millonarios, siguen siendo... gente. Y quién sabe, tal vez el tal Archibald no sea tan malo después de todo. Aunque el tema del anillo y su ex prometida sea un poco raro.

Me reí, sintiendo que mis nervios se iban disipando un poco. Al final, por extraño que fuera, mi intuición me decía que Archie no era un narcisista de manual, sino un tipo interesante, alguien con quien realmente podía divertirme y tal vez, algo más.

Además, me quedaban al menos dos secretos por descubrir.

CAPÍTULO 4

ARCHIE

El aire estaba impregnado de canela y especias cuando entré en el ático de mi madre en Tribeca, ese lugar que no cambiaba por mucho que pasaran los años. Era el tipo de espacio que desbordaba elegancia y opulencia, con muebles de diseñador y piezas de arte abstracto por cada rincón. Aún así, es evidente que mamá tiene buen gusto.

Un equipo de decoración navideña ya había hecho su trabajo: coronas de pino, guirnaldas y luces de colores ya adornaban las puertas y las paredes. Era como entrar a un cuento de invierno, de esos que mi madre adoraba.

—¡Archibald! —la voz de la matriarca, Ada Clarke, resonó con ese tono de mando militar al que nadie decía que no, ni siquiera yo, el hijo que no le daba problemas—. Justo a tiempo.

Mi madre estaba inclinada sobre una enorme lista de invitados que, por lo que pude ver, abarcaba toda la mesa del comedor. Apenas me miró cuando entré, absorta en los detalles.

—Mamá —le dije, inclinándome para darle un beso en la mejilla—. ¿Es que ya no confías en tu equipo para organizar la cena? No sé por qué te cargas con todo ese trabajo.

—Claro que confío en ellos, pero si me dejo llevar, acabaré con un árbol decorado de naranja o algo peor. No todos entienden el concepto de clase, hijo.

Asentí, mordiéndome la lengua para no reírme. Con mi madre siempre era mejor no entrar en detalles. Di gracias que ella insistía en alejarse de la “tecnología”, como ella decía. No tenía ni la menor idea de lo que había pasado con el anillo y rezaba para que no le llegasen “noticias” al respecto.

—He decidido que voy a atraer a alguien conmigo —le solté sin más, sabiendo que esa noticia haría que levantara la vista.

—¿A la cena?

—Sí, claro.

Mi madre detuvo su pluma en el aire y alzó la mirada lentamente, observándome con ese escrutinio que solía intimidar a mis hermanos.

—¿Con "alguien" te refieres a Amelia, supongo?

—No —intenté sonar casual, como si no fuera gran cosa—. Amelia y yo ya no estamos juntos, mamá. Me sorprende que me lo preguntes después de lo que pasó.

Ella dejó la lista y cruzó los brazos, entrecerrando los ojos. Respiró hondo.

—¿Cómo que ya no estáis juntos? Pero si no me ha dicho nada, y hablé con ella hará una semana. Creí que íbamos a pasar páginas todos discretamente, y que os ibais a dar una oportunidad.

—Si no te ha dicho nada es porque ya no estamos en contacto. Y... he conocido a alguien más.

Los ojos de mi madre se abrieron ligeramente, y su postura cambió de inmediato.

—¿A alguien más? ¿Es en serio? —preguntó, escéptica—. Amelia me parecía perfecta para ti, Archibald. Esa chica es... bueno, ideal para encajar en la familia.

—No dudo de eso, pero a veces "perfecto" no es suficiente. No para mí. Además, mamá, tú no sabes lo que ha pasado. Y créeme, es mejor así.

Mi madre resopló, pero su expresión preocupada no desapareció.

—¿Y quién es esta... acompañante tuya? —preguntó, haciendo una pausa antes de la palabra "acompañante".

—Se llama Ellen.

—Ellen —repitió el nombre despacio, como si tratara de encontrarle un significado oculto—. ¿Y qué hace Ellen, exactamente?

—Es una persona muy divertida e interesante —respondí, evadiendo un poco la pregunta. No estaba seguro de si "secretaria" sería una respuesta que le entusiasmaría.

—Eso no es una respuesta, Archibald —me miró fijamente—. No me irás a decir que estás atravesando una etapa de... rebelión juvenil, ¿verdad? Porque no hace falta recordarte los valores de nuestra familia. Todo el país tiene puestos los ojos en nosotros. La carrera política de tu hermano Cedric...

No pude evitar soltar una risa.

—Mamá, ¿cuántos años crees que tengo? No es ninguna rebelión juvenil, créeme. Sabes tan bien como yo que lo de Amelia tenía fecha de caducidad. No funcionaba. Desde hace tiempo, además.

Suspiró, cansada, y se frotó las sienes.

—En el fondo tienes razón. Si tan solo tus hermanos fueran tan "tranquilos" como tú... Patrick sigue metido en líos, y Caroline, bueno, no me hagas hablar de ella.

—¿Qué han hecho ahora?

—Oh, lo mismo de siempre. Patrick con sus ideas de negocios absurdas y Caroline... aún no supera la última pelea con su marido. Tendré que aguantarme las indirectas y las miradas de los demás en la cena.

—¿Por eso estás tan tensa con la lista de invitados? —insinué, sabiendo que con los Clarke, cada evento familiar era un espectáculo.

Mi madre suspiró, asintiendo.

—No quiero más problemas en la familia, Archibald. Y ahora tú me sales con que traerás a una desconocida.

—No es una desconocida —la corregí, mirándola con firmeza—. De hecho, es alguien especial para mí.

Su mirada se suavizó un poco, y pude ver que el gesto le había tomado por sorpresa.

—¿Alguien especial? No te había escuchado decir eso de ninguna otra, ni siquiera de Amelia. Asentí, sin apartar la vista.

—No es como Amelia, mamá. Y quiero que, por favor, esa noche seamos todos cuidadosos. No quiero que nada turbio de la familia salga a relucir delante de Ellen.

Pareció relajarse un poco. Hasta sonrió.

—Así que es importante, ¿eh? —dejó la lista de lado y cruzó los brazos, mirándome con un renovado interés—. ¿Qué tiene esa chica que Amelia no tenía?

—No lo sé. Es distinta. No está interesada en nuestro apellido ni en el imperio de la familia.

—Entonces, ¿ella no sabe mucho de los Clarke?

Me encogí de hombros.

—Pues no lo sé. No hablamos de eso. Sabrá lo que salga en Google, si es que se ha molestado

en escarbar un poco...

Mamá se rio.

—Bueno, ya sabes que Cedric ha trabajado mucho para eliminar cientos de resultados y cotilleos de Internet.

Solté una carcajada.

—Ay, mamá. Para empezar, no es tan fácil retirarlo todo. Aunque cuesta tiempo y dinero. Y segundo, no ha sido Cedric. Lo he hecho yo casi todo...

Mi madre resopló. Aquellos temas no le interesaban nada. Su punto fuerte eran las relaciones sociales, la decoración, los eventos y las apariencias.

—Bueno, Archibald. Tomo nota de tu invitada. Solo espero que sepas lo que implica traer gente nueva a nuestro mundo...

—Ay mamá, por favor, ¡ni que fuéramos una secta!

—Amelia al menos entendía que, con nosotros, a veces hay que guardar las apariencias.

—Eso lo sé. Solo quiero que esta vez, todo esté tranquilo y... sin sorpresas. Una velada agradable.

Mi madre me observó unos segundos más y suspiró, resignada.

—Está bien. Pero solo lo diré una vez: las cenas familiares son nuestra mejor oportunidad para mantener a raya los problemas, para dar una buena imagen, y esa noche no será la excepción.

Sonreí, aliviado.

—Gracias, mamá.

Ella negó con la cabeza y retomó su lista.

—Tú solo asegúrate de que esta chica tenga temple y sentido del humor para aguantar a los Clarke. Ya sabes que en esta familia no todos son tan... “normales” como tú, Archibald.

CAPÍTULO 5

ELLEN

Las luces de Nueva York pasaban como ráfagas brillantes mientras Archie conducía su elegante coche por las avenidas. Yo, sentada en el asiento del copiloto con un vestido rojo más atrevido de lo que parecía cuando me lo recomendó Constance en la web de Zara, intentaba parecer calmada. Pero, claro, las manos me temblaban, y Archie se dio cuenta.

—¿Todo bien? —me preguntó sin apartar los ojos de la calzada.

Asentí, mintiendo sin ninguna habilidad.

—Claro. ¿Por qué no habría de estarlo? Solo voy a meterme en la boca del lobo, fingiendo ser la novia de alguien a quien apenas conozco, en una reunión de la familia Clarke, que, según Google, son básicamente la realeza de Manhattan. ¿Por qué debería estar nerviosa?

Él se rio.

—Olvidé pedirte que no mirases en Google. Y eso que ya no sale ni la mitad de lo que había antes...

—Eso me tranquiliza mucho.

—Ellen, tomate esto como una segunda cita un poco extraña, ¿vale?

—¿Segunda?

Me miró y me guiñó un ojo. Y eso aplacó mis nervios. Por favor, ¿qué me hacía aquel hombre? Era como un sedante...

—Espero que no sientas que te he metido en un lío, la verdad. Me pareció buena idea invitarte y poner un poco nerviosa a mi madre y a mi hermano Cedric.

—Bueno. Ya estoy metida en esto hasta el fondo. Pero lo mínimo es que me prepares un poco. ¿Qué me voy a encontrar?

Archie y yo habíamos hablado brevemente sobre qué diríamos si alguien nos preguntaba cómo nos habíamos conocido, dónde, etc. Pero luego le quitó importancia y me aseguró que nadie hurgaría en ello porque él solía pasar desapercibido en esos encuentros.

—Bueno, en mi familia no todos son precisamente “normales”. Tengo tres hermanos, y, digamos que dos de ellos tienen un historial interesante. Cedric, mi hermano mayor, está en plena campaña para convertirse en gobernador de Nueva York.

—¿Tu hermano quiere ser gobernador? ¿Y tú no quieres meterte en política?

—No. Yo prefiero la tecnología, mucho menos escandalosa... generalmente —hizo una pausa y luego continuó—. Cedric está muy centrado, sabe lo que quiere y es bastante carismático. Pero para que su imagen no se derrumbe ni tenga ninguna sombra, todos nos hemos puesto en modo “limpieza de escándalos” últimamente.

—¿Escándalos? —le lancé una mirada curiosa—. ¿Tipo qué, exactamente?

—Tipo Patrick y Caroline —respondió, encogiéndose de hombros—. Patrick, mi hermano pequeño, tiene una habilidad asombrosa para elegir mal sus inversiones... y a sus amigos. Ya ha

montado al menos tres negocios fallidos en los que alguien terminó demandándolo.

Me tapé la boca para disimular una sonrisa.

—Oh, vaya. Entonces Patrick no es precisamente la estrella de la familia.

Archie se rió.

—No, para nada. Lo queremos, pero más de uno se estremece cuando empieza a hablar de su “siguiente gran idea”.

—¿Y Caroline? —le pregunté, aunque una parte de mí se arrepintió de la pregunta en el mismo segundo.

Archie hizo una pausa y luego exhaló, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Caroline es... intensa. Está en una relación en constante crisis con su marido, y en las reuniones familiares, es probable que los veas tener una de sus peleas en vivo y en directo. A Robert no lo aguanto, por motivos que no vienen al caso. Pero, ¿sabes? A pesar de todo, son... apasionados. Solo que esa pasión a veces se convierte en algo que parece sacado de un culebrón.

—Entonces, básicamente, tu familia es como el *Real Housewives de Manhattan* —bromeé, tratando de relajarme.

Él se rio de nuevo.

—Algo así. Por eso mismo te pedí que vinieras. No solo porque... —se detuvo un segundo y luego continuó, con un tono más sincero—. La verdad es que desde el primer momento en que te vi me sentí... bueno, ya sabes.

Me sonrojé, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—No, no lo sé —completé, un poco incrédula.

—Me gustaste. Es evidente, ¿no? Quería verte de nuevo.

Vaya.

Archie me miró de reojo.

—Todo esto es muy loco —le dije.

—Bastante —admitió con una sonrisa torcida—. Y, además, es que no soporto estas cenas familiares. Todos me miran como si estuvieran esperando que dé algún paso en falso. Es agotador. La cuestión es que iba a ir con...bueno, ya sabes. Con mi ex. Y después de conocerte, invitarte a ti me pareció lo más natural del mundo.

—Así que básicamente me has reclutado para hacer de escudo anti juicios de la familia Clarke —lo miré, fingiendo indignación—. Sabes que podrías haber contratado a alguien para hacer esto, ¿no? Hubiera sido menos estresante que inventarme toda una personalidad y enfrentarme a tu madre.

—Quizás, pero entonces me perdería la oportunidad de pasar la noche con una persona... auténtica —la última palabra salió casi en un susurro, y noté que me miraba de nuevo, esta vez a través del retrovisor.

Suspiré, relajándome un poco. Archie tenía una forma de hacer que todo sonara más sencillo de lo que realmente era.

—Ni siquiera estoy segura de si mi vestido es adecuado.

—Es perfecto, Ellen. Estás...bueno. Espectacular. Solo tienes que ser tú misma. En serio. Ya verás que no es para tanto. Y creo que lo pasarás bien.

Se mordió el labio.

—Pero...yo no pertenezco a ese mundo. Lo sabes, ¿no?

Agitó la cabeza.

—Eso me da igual. No importa nada, en serio. Nunca me han importado ese tipo de cosas.

Miré mi vestido rojo y lo alisé un poco, insegura. Constance había insistido en que lo llevara,

diciendo que si los tonos apagados no me favorecían, y que así sería "una buena distracción en caso de emergencia". En fin. Ahora no estaba tan segura.

Mi mente seguía dándole vueltas al tipo de familia que estaba a punto de conocer y a la forma en que encajaría en ese entorno. Al fin y al cabo, yo solo era una secretaria de una oficina con un jefe algo loco y una amiga paranoica.

—¿Algo más que deba saber? —pregunté.

Hizo una pausa y me miró. Aquel hombre acababa de decirme así, sin tapujos, que yo le gustaba.

Aún no lo había asimilado.

—Sí. Pase lo que pase, mantente cerca de mí. Y si alguno de mis hermanos te hace preguntas incómodas, solo sígueme el rollo. Mi familia puede ser algo intensa, pero yo voy a estar a tu lado todo el tiempo.

Era extraño, pero sentía que había algo más en Archie, algo que estaba tratando de ocultar bajo esa fachada de calma y confianza.

Finalmente, llegamos al hotel donde se celebraba la cena. La fachada brillaba con las luces navideñas, y un desfile de coches de lujo estaba aparcado en la entrada, cada uno esperando a que sus dueños bajaran. Me miré las manos y suspiré, mientras Archie apagaba el motor y se giraba hacia mí, con una mirada tranquilizadora.

—Ellen. De nuevo, muchísimas gracias por acompañarme. ¿Estás lista?

—No. Pero supongo que eso ya no importa, ¿verdad? —respondí con una sonrisa nerviosa.

Bajamos del coche y uno de los mozos del hotel acudió a toda prisa para recoger las llaves y llevárselo. Archie me ofreció su brazo, y juntos, entramos en el salón principal, donde el mundo de los Clarke me esperaba.

CAPÍTULO 6

ARCHIE

Las luces del salón se reflejaban en las paredes como si la opulencia fuera un accesorio más, algo con lo que los Clarke habíamos nacido y con lo que estábamos increíblemente cómodos.

Y, sin embargo, a pesar de todos los lujos que nos rodeaban, yo solo podía ver a Ellen. Estaba ahí, a mi lado, tan guapa con su vestido rojo que hasta me dolía mirarla.

Por primera vez en una cena familiar, todas las miradas parecían estar puestas en mí... o más bien en ella. Eso sí que no me lo esperaba, aunque me producía una extraña satisfacción.

La idea era que Ellen y yo pasáramos desapercibidos, que todo el mundo asumiera que solo traía una acompañante, sin prestarle mucha atención. Pero en cuanto entramos, las miradas de todos se giraron hacia nosotros, y de ellas se destilaban sorpresa y admiración. Ellen no solo había captado la atención de mi familia más cercana, sino que parecía totalmente tranquila, como si llevara años moviéndose en estos ambientes.

Mi madre fue la primera en acercarse.

—Archie, querido —dijo con una sonrisa encantadora, y luego miró a Ellen, evaluándola detenidamente—. ¿Quién es esta joven tan encantadora?

—Mamá, te presento a Ellen. Ellen, esta es Ada, mi madre.

Ellen sonrió. Le extendió la mano con ese toque de timidez y seguridad que parecía tener en perfecta armonía.

—Es un placer, señora Clarke —dijo.

Mi madre la tomó con elegancia, como si estuviera estudiando a Ellen desde el primer contacto. Pero, para mi sorpresa, parecía completamente encantada.

—Llámame Ada, querida —respondió mi madre, e hizo un gesto para que Ellen se acercara—. Ven, cuéntame, ¿cómo conociste a Archibald?

Noté que Ellen me miraba de reojo, como buscando alguna señal, y no pude evitar sonreírle. Soltó a la perfección el pequeño discurso que habíamos ensayado. Le habló de un amigo en común, la terraza de un restaurante... Todo aburrido y poco interesante. Ideal para que mi madre se despidiera de nosotros con una sonrisa y volviese a su puesto de mando.

A medida que avanzaba la noche, Cedric, mi hermano, también se acercó a saludarnos. Incluso Patrick, siempre más despistado, se las arregló para presentarse y ofrecerle a Ellen una copa de vino.

Yo apenas podía apartar la vista de ella. Estaba tan tranquila y natural, riéndose y charlando con todos como si este fuese su sitio. Y quizás lo que más me sorprendía era que pareciera disfrutarlo tanto.

Al sentarnos en la mesa, me incliné hacia ella.

—¿Te diviertes? —le susurré, casi sin poder evitar la sonrisa.

—Increíblemente, sí. Aunque pensaba que me iba a agobiar, estoy bien. Lo que más me

estresa es pensar que tal vez me equivoque de tenedor.

Me reí discretamente, notando que mamá nos miraba complacida desde el otro lado de la mesa. No era común verla tan receptiva.

La cena avanzó, y sentí que era el momento de compartir con Ellen mi segundo secreto. No tenía ni la menor idea de si ella se acordaba de nuestro absurdo juego, pero quise sorprenderla.

—Tengo que contarte algo —le murmuré al oído, recreándome en el calor de su cercanía—. Y este es el segundo secreto.

Ellen me miró, atenta.

—A ver, sé que esta familia ya parece un drama en sí misma, pero hay algo más que deberías saber —le dije en voz baja, y vi que me miraba con curiosidad, animándome a continuar—. Cedric está en plena campaña para gobernador, y bueno, tuve que mover unos cuantos hilos para mantener ciertas cosas... fuera del alcance de la prensa. Hace unos años, tuvo una relación con una mujer casada, casi veinte años mayor que él, y aquello podría destruir cualquier posibilidad de éxito si se hiciera público, por la relevancia de su marido. Cedric siempre ha sido bueno en lo que hace, pero yo he sido el que ha tenido que hacer que lo parezca.

Ellen me miró un segundo, asimilando lo que le había contado. Luego, con una ligera sonrisa, asintió.

—Supongo que ya te has dado cuenta de que no soy del tipo que se asusta por una historia pasada.

Le cogí la mano, impresionado.

Todavía me parecía alucinante que la mujer que había encontrado el anillo que Amelia había lanzado en uno de sus ataques de ira fuese a ocupar su lugar tan rápidamente.

Hacia el final de la cena, la banda de *jazz* comenzó a tocar y el ambiente se volvió más relajado. Ellen parecía a gusto entre la música y las luces, y antes de que me diera cuenta, me pidió que la acompañara a la pista de baile.

—Vamos, Archibald Clarke, no me digas que te asusta bailar conmigo —me desafió, riéndose.

La acompañé, dejándome llevar, sin perderla de vista ni un momento. Ellen era todo lo que necesitaba en esta noche y mucho más. Pero no tardé en notar que alguien más también la estaba mirando.

El imbécil de mi cuñado, Robert, el marido de Caroline, llevaba un rato siguiéndola con los ojos, demasiado insistentemente para mi gusto.

Intenté ignorarlo, centrarme en disfrutar de la noche, pero cada vez que Ellen iba al baño o se alejaba de la mesa, Robert parecía estar cerca, acechando como un buitre. Conocía demasiado bien a aquel tipo y mi hermana, bueno...aún no entendía qué hacía a su lado.

Finalmente, cuando vi que Robert intentaba acercarse a Ellen otra vez mientras estaba sola cerca de las mesas, me acerqué a él y le hice una seña.

—¿Puedo ayudarte, Robert? —dije en un tono lo suficientemente claro para que entendiera que estaba fuera de lugar.

—Oh, solo hablábamos... —dijo, con una sonrisa torcida que no me gustó nada.

Le lancé una última mirada de advertencia, y él se alejó, pero no pasó mucho tiempo hasta que lo vi nuevamente acercándose a Ellen, esta vez cuando ella se dirigía hacia un rincón menos transitado de la fiesta. La incomodidad era evidente en su rostro. Observé en silencio, pero luego noté que Robert intentaba sujetarla del brazo.

Para mí, eso fue suficiente.

Avancé hacia ellos, y antes de que pudiera reaccionar, le di un empujón y luego le lancé un puñetazo que resonó en todo el salón.

La música se detuvo de sopetón. Todo el mundo se giró, horrorizado, mirando la escena. Robert retrocedió, aturdido, mientras se llevaba la mano a la mandíbula. Ellen estaba en *shock*, igual que Caroline, quien al ver la situación comenzó a llorar y salió corriendo hacia la salida.

Ada y Cedric se acercaron rápidamente, y mi madre me miró con incredulidad.

—¿Archibald? ¿Qué ha pasado?

—Le advertí que no molestara a Ellen—dije, tratando de mantener la calma.

Cedric nos miró, intentando recuperar la compostura.

—Quizás deberíamos hablar de esto luego, hermano. No es el lugar.

Ada trató de suavizar las cosas, dando alguna excusa sobre el estrés de la noche. Guardando las apariencias, una de sus especialidades. Finalmente, decidí que era mejor irnos de allí. Miré a Ellen, tratando de calmarme. Supongo que seguía alucinando.

—Vámonos de aquí —le dije—. Creo que hemos tenido suficiente por hoy.

Ella asintió, todavía sorprendida, y sin más, la llevé conmigo hacia la salida.

CAPÍTULO 7

ELLEN

Salimos de la fiesta en medio de una atmósfera de hielo, y aunque el puñetazo que Archie le soltó a su cuñado me dejó en *shock*, también me impresionó de la mejor manera posible.

Nadie había hecho nunca algo así por mí. Por el rabillo del ojo, veía cómo se masajeaba los nudillos con una mueca, y aunque intentaba disimular, claramente le dolía. Pero ni una sombra de arrepentimiento cruzaba su rostro.

—¿Estás bien? —le pregunté, rompiendo el silencio mientras él mantenía la vista en el tráfico.

—Mejor que Robert, seguro —sonrió de lado y dejó escapar un suspiro. Su voz tenía un toque grave, algo sombrío—. Sé que esto me va a costar una buena bronca de Cedric y mi madre, pero, sinceramente, no podía quedarme de brazos cruzados mientras él te faltaba al respeto.

Su convicción y la forma en que lo decía, casi en un susurro, me hicieron sentir algo especial, como si yo de verdad importara en su vida, más allá de aquel acuerdo improvisado y absurdo de acompañarlo a una cena familiar.

—Supongo que te refieres a que no hubiesen querido que le pegaras en público. Ni en privado. No necesitabas hacer eso por mí, Archie —intenté decirlo con una sonrisa tranquila, pero mi voz temblaba un poco—. Bueno, o al menos no arriesgar tu pobre mano.

Él me miró de reojo, dejando escapar una risa suave.

—No tenía otra opción, Ellen. Hay una línea que simplemente no se cruza. Además, hace tiempo que le tenía ganas a ese idiota. No soy un hombre violento, pero cuando he visto que te agarraba el brazo...ufff. No he podido quedarme quieto.

Los minutos pasaron en silencio hasta que finalmente me di cuenta de que no nos dirigíamos hacia mi casa. Me sentía tan cómoda a su lado que casi había olvidado el resto del mundo. Me aclaré la garganta y lo miré, algo inquieta.

—¿Adónde vamos? —pregunté, tratando de que no sonara como una queja, porque en realidad, no lo era.

—A mi ático.

Dicho así, sonó como una declaración de intenciones. Luego, mirándome con una sonrisa mezcla de seguridad y vulnerabilidad, añadió:

—Si prefieres que te lleve a casa, lo hago. Solo que... —hizo una pausa y respiró hondo—, me encantaría que no nos separáramos esta noche.

La intensidad de su mirada hizo que todas mis dudas y nervios se disiparan. Con un simple asentimiento, le di una respuesta afirmativa, aunque no pronunciara palabra alguna.

Yo deseaba exactamente lo mismo.

—De acuerdo, entonces —murmuró, como si selláramos un acuerdo tácito—. Además... aún me queda un tercer secreto que confesarte, ¿no?

Lo miré. Archie Clarke me dejaba alucinada constantemente.

—Vaya, ¿así que el hombre de los secretos tiene un *bonus* para mí?

—Es el último, lo prometo —parecía genuinamente afectado, pero su tono estaba teñido de una leve picardía que me provocaba curiosidad.

Finalmente, llegamos a su ático, un lugar que parecía más sacado de una revista que del mundo real, con vistas increíbles de la ciudad iluminada y una decoración elegante, pero cálida. Él abrió la puerta y me dejó pasar primero, estudiando mi reacción ante su casa.

—Bueno, parece que ser un Clarke tiene sus ventajas —dije, con una sonrisa mientras miraba a mi alrededor.

—O ventajas limitadas, dependiendo del punto de vista.

Me hizo una seña para que me acomodara en el sofá de cuero negro, antes de sentarse a mi lado y girarse hacia mí, como si estuviera a punto de sincerarse por completo.

Dejó escapar un suspiro y me miró a los ojos, con la intensidad de alguien que no estaba acostumbrado a mostrarse vulnerable.

—¿Sabes? Esta vida tiene sus luces y sus sombras. Mi familia y yo... no somos exactamente como aparecemos en las fotos. Lo de Robert, por ejemplo, es solo una muestra.

Asentí, notando su tono de voz sombrío.

—¿Y ese tercer secreto? —pregunté, inclinándome hacia él.

Archie cogió mi mano, y con una ligera presión en mis dedos, continuó hablando:

—En cuanto te vi aparecer en esa cafetería supe que nunca estuve enamorado de Amelia.

Me derritió con los ojos.

Solté el aire que había estado conteniendo. No me esperaba algo así, esa declaración de intenciones. Le devolví la mirada, buscando alguna grieta en sus sentimientos. No la vi. Me hizo sentir importante, como si hubiera cruzado una línea en su vida.

Se inclinó para besarme, y yo reduje esa distancia de inmediato. Nos besamos con intensidad, y en apenas unos segundos, nuestras manos se buscaban de igual forma.

Sin creermelo muy bien mi propio atrevimiento, agarré el cuello de su camisa y lo atraje hacia mí. Reaccionó al instante, cubriendo otra vez mis labios con los suyos. Me eché un poco hacia atrás en aquel comodísimo y enorme sofá de cuero negro. *El cielo debe ser algo parecido a esto*, pensé.

Archie me besó con dedicación, mientras su mano ya avanzaba por mi melena. Agarró un mechón de pelo con firmeza y yo gemí suavemente junto a su boca. Mis caderas se deslizaban en una sola dirección, sintiendo ya su dureza.

—Dios mío, Ellen —dijo, deteniéndose un instante—. Si besas así, no puedo ni imaginarme como...

¿Habíamos hablado en algún momento de tomarnos las cosas con calma?

Me detuve un instante.

Al cuerno con la calma. Volví a atraerlo hacia mí, buscando la posición ideal de mis piernas para que una de las suyas quedase encajada entre ellas. Ya podía notar sus músculos contra mi clítoris, y supongo que él también, porque sus labios se reactivaron con más intensidad.

Su beso era insistente, exigente, y exactamente lo que necesitaba. No pude evitar buscar más y más el contacto íntimo con su pierna. Archie volvió a parar un momento y susurró junto a mi oído: *Haré lo que tú quieras aquí y ahora, pero si prefieres que nos movamos a la cama...*

Asentí y él agarró mis nalgas.

—Arriba.

Lo rodeé con mis piernas mientras él me alzaba y me llevaba hasta su dormitorio. Hubo un

momento en que me apoyó contra la pared y pude sentir en toda su magnitud la dureza de su sexo contra mi clitoris. Era demasiado intenso. Y ni siquiera nos habíamos desnudado aún.

—Un segundo...Ellen. Quiero asegurarme de que esto es lo que quieres. Va a ser muy difícil, pero si quieres que pare o piensas que vamos muy deprisa, me detendré de inmediato. Podemos ver una película o lo que sea, y después te puedo llevar a casa.

—Lo que yo quiero —le dije, completamente excitada— es cada centímetro de ti.

—Joder. Si continuas diciéndome esas cosas, mirándome así, me temo que no voy a durar mucho...

Me dejó en el suelo un momento, me cogió de la mano y me condujo al interior del dormitorio. Tal vez contemplé su trasero perfecto y redondo mientras iba tras él. Tal vez.

Y ya junto a la cama, nuestras manos se multiplicaron al mismo tiempo que nos quitábamos la ropa. Las vistas eran cada vez mejores a este respecto, y no pude evitar dar un paso atrás para observarlo cuando estuvo completamente desnudo. Vaya con Archie. Sus músculos estaban perfectamente definidos, algo que ya había intuido con sus abrazos.

Bajé la vista, siguiendo las líneas de sus abdominales hasta su...Oh, dios.

Debo decir que no tengo mucha experiencia con hombres. No he visto decenas de hombres desnudos, que digamos. Pero en ese momento estuve bastante convencida de que la mayoría de ellos no tienen algo de ese tamaño. Miré a Archie, un poco preocupada.

—Podemos parar —dijo, y a lo mejor era cierto que el podía, pero yo tal vez no—. En cualquier momento, nena.

—Para de decírmelo —susurré—. He dicho que quería cada centímetro.

—Bien. Perfecto. Déjame que te mire también. Este precioso cuerpo tuyo...—dijo, empujándome hacia la cama.

Me recorrió con sus ojos, seguidos de inmediato por sus manos. Normalmente me cohibiría exponerme de esta manera, pero él murmuraba palabras como “tan guapa” y así no podía sentirme mal ni por asomo. No cuando tienes a uno de los hombres más atractivos de Manhattan, uno que no dudó en sacar la cara por mí delante de toda su familia, y que ahora recorría toda mi piel con sus manos.

Ya tumbados en la cama, capturó uno de mis pezones entre el índice y el dedo pulgar y me retorcí a su merced, protestando tímidamente. Él aplicó un poco más de presión y ese gesto hizo que mis piernas se abriesen de par en par, evidenciando mi deseo. Archie reaccionó al momento. Se deslizó por mi cuerpo y puso mis piernas por encima de sus hombros. No tardó ni un segundo en aplicarse, empezó a estimular mi clitoris con su lengua.

—Oh, dios —gemí, echando la cabeza hacia atrás.

Se lo tomó como una pequeña victoria, así que siguió con el mismo ritmo. Mi cuerpo reaccionaba solo bajo su tacto íntimo, moviéndome al mismo compás que la inagotable lengua de Archie. Finalmente se concentró en mi punto más sensible y ahí ya no pude más, me abandoné a mí misma, me corrí con tal intensidad que vi puntitos negros moviéndose en el techo cuando volví a abrir los ojos.

—Te necesito —gemí, buscándolo de inmediato—. Archie, te necesito dentro...

Se deslizó de nuevo hacia arriba, reptando por encima de mi cuerpo al mismo tiempo que lo acariciaba. No le había prestado a su sexo la atención que merecía, pero ya habría tiempo para eso, me dije. Lo acogí entre mis piernas y él se hundió en mí sin ninguna dificultad.

No sé ni por qué me había preocupado. No hubo dolor en absoluto. Solo el puro placer de tenerlo sobre mí, entrando y saliendo sin ninguna dificultad.

—Dios, Archie. Sí. Más —susurré, mirándolo directamente a los ojos.

—Ellen —resopló—. Estoy a tope. No voy a aguantar mucho más...imposible.

—Tenemos toda la noche...¿cuántas veces crees que podemos repetir esto?

—Todas las necesarias.

Siguió un poco más, bombeando con energía, y entonces perdí hasta la capacidad del habla, retorciéndome bajo su cuerpo mientras él me arrastraba de nuevo al orgasmo. Levanté un poco las caderas y de repente el placer se multiplicó por diez. Supongo que él notó la diferencia en mis gemidos, porque se concentró exactamente en repetir lo que estaba haciendo. A un ritmo endiablado.

—Por favor —logré decir—. Archie. No pares.

Cuando mi nuevo orgasmo llegó fue una experiencia para todo el cuerpo. Me tensé, rodeándolo y abrazándolo con fuerza, mientras él gemía y se corría un instante después. Y entonces se acomodó sobre mi cuerpo y, juntos, tratamos de recuperar el aliento.

CAPÍTULO 8

ELLEN

La luz del exterior se colaba tímidamente a través de las cortinas del dormitorio de Archie, pero lo primero que vi fue su sonrisa mientras me miraba desde su almohada.

A pesar del ambiente acogedor y de la nevada que caía fuera, entre los rascacielos, como en una postal, una sensación de inseguridad me invadió. Estaba en el ático de un millonario que, horas antes, había golpeado a su cuñado por mí. Era más de lo que cualquier chica podía imaginar... o al menos cualquier chica que no fuera tan desconfiada como yo.

Hace apenas una semana que se ha separado, pensé. Ni siquiera había reparado en ello cuando deshicimos la cama con nuestra pasión desbordada.

Me obligué a sonreír.

—Esto ha sido...inesperado —le dije.

Él se rio.

Estiré el brazo y acaricié el elegante cabecero esmaltado.

—¿Puedo preguntar cuántas mujeres han disfrutado de esta cama antes que yo?

Archie parpadeó y me arrepentí de inmediato de haber preguntado eso en ese momento. Supongo que fue mi mente la que habló sin ningún filtro.

—De todas las preguntas posibles que podías hacerme esta mañana... Me temo que no llevo un registro, Ellen.

Me tapé la cara con almohada.

—Perdón. Lo he soltado sin pensar. Además, seguro que alguien como tú no lleva la cuenta de esas cosas. Supongo que Amelia...

Él hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Amelia no es una conquista más. Y prefiero no hablar de ella. Me extraña que menciones eso justo ahora, después de la noche tan increíble...

Mi corazón dio un vuelco. La verdad era que Amelia parecía un fantasma en esa casa, como si cada rincón aún estuviese impregnado con su perfume.

Nos levantamos.

Me vestí en silencio mientras Archie preparaba café y se aseguraba de que el desayuno fuese contundente. Al parecer su nevera estaba perfectamente surtida. Me uní a él en la cocina, dispuesta a reparar aquel tonto desliz. Y él también puso de su parte. Me dio conversación enseguida.

—¿Planes para hoy? —lo preguntó de forma casual, pero detecté cierto nerviosismo en su voz.

—Ni idea.

Sonreí a medias, intentando no dejarme llevar por las dudas. Pero no podía evitar recordar la escena de la noche anterior. Lo de la cena, el conflicto con Robert, su familia entera pendiente de

cada uno de mis movimientos... y ahora este extraño silencio, esta mezcla de emociones que me tenían en vilo, como si todo estuviera a punto de venirse abajo.

Un golpe seco en la puerta interrumpió mis pensamientos.

Archie se sobresaltó y se quedó pensativo.

Pasó por mi lado mientras dejaba mi taza de café sobre la encimera de mármol negro y me acarició la espalda.

—Déjame ir a ver quién es. Vuelvo enseguida.

Miré de reojo mientras se alejaba. Mis manos empezaron a temblar al escuchar su voz, un susurro tenso, en la entrada.

Y luego la oí.

—Amelia, ¿qué haces aquí?

Mis dedos se cerraron sobre la cucharilla y la dejé caer.

Amelia, el fantasma de este ático.

El capítulo que él, al parecer, no había cerrado. Fui consciente de mi inseguridad, del corazón que palpitaba dentro de mi pecho, mientras escuchaba el diálogo apenas amortiguado que llegaba desde la puerta.

—No contestabas a mis mensajes, así que pensé que podría pasarme y verte en persona — dijo ella, con un tono neutro pero cargado de intenciones.

Y entonces, como si de una pesadilla se tratara, apareció en el umbral de la cocina.

Nos miró a ambos y sus labios esbozaron una sonrisa triunfal.

—Hola— dijo, sin más.

Como si no le sorprendiera verme allí, como si yo fuera una simple pieza de este extraño tablero de ajedrez que ahora parecía la vida de Archie.

Archie se giró hacia mí, visiblemente incómodo.

—Ellen, lo siento... Esto no debería haber pasado.

—No, tienes razón. No debería haber pasado— me puse de pie, tratando de ocultar mi expresión herida bajo una máscara de frialdad —. No tenía ni idea de que tu ex tuviera la costumbre de aparecer sin avisar.

Amelia soltó una risita fingida.

—Bueno, soy alguien de costumbres, sí. Por eso estoy de vuelta.

Me estremecí, y en ese instante supe que tenía que salir de ahí. No podía quedarme. No cuando él no había cerrado esa puerta del todo, cuando la presencia de Amelia aún invadía cada centímetro de su mundo. Intenté calmarme, pero las palabras me salieron solas:

—Sabes, Archie, creo que debo irme. Espero que tengáis una conversación muy productiva.

Cogí mi bolso y el abrigo y me dirigí hacia la puerta, sin esperar respuesta.

Él intentó detenerme, colocándose en mi camino.

—Ellen, no hagas esto. No te precipites. Ella y yo... es complicado y supongo que aún tenemos cosas que resolver, pero ninguna de ellas tiene nada que ver contigo.

—¿No tiene nada que ver conmigo?— repliqué, soltando una risa amarga—. Archie, llevas una maldita brújula apuntando a tu ex en cada cosa que haces, y yo... yo solo he sido un accidente.

—No, no eres un accidente— protestó él, bajando la voz, casi suplicando—. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

No podía rebatirle nada con ella delante.

Aquello no tenía que haber pasado.

Amelia, mientras tanto, se cruzó de brazos, disfrutando de la escena como si fuera una obra

de teatro.

—Bueno, parece que vosotros también necesitáis resolver algunas cosas. No os preocupéis, puedo esperar —dijo con un tono casi burlón.

Miré a Archie, herida y confundida. ¿Por qué había permitido que entrase en su casa?

—Me voy.

Y con eso, me dirigí hacia la puerta, ignorando sus intentos de detenerme. Me dolía salir de allí, pero necesitaba aire, necesitaba volver a ser yo, alejarme de aquel pasado que había irrumpido en nuestra intimidad como un vendaval.

En la calle, el frío aire invernal me golpeó como un jarro de agua helada. Miré mi teléfono. Tenía un mensaje de Constance:

¿Estás bien? ¿Cómo te fue? Escríbeme para saber que estás viva y de una sola pieza.

Respiré profundamente y dejé que la nieve cayera sobre mí, sobre aquel maldito vestido rojo sin sentido en mitad de una ventisca; tratando de enterrar con ella todo lo que sentía en ese momento.

CAPÍTULO 9

ARCHIE

La huida de Ellen había disparado la tensión entre Amelia y yo. ¿Qué coño hacía allí? ¿Por qué había escogido el peor momento posible? Me quedé unos segundos mirando la puerta cerrada, sin saber si ir tras ella o resolver de una vez por todas aquel asunto. Amelia permanecía ahí, con su mirada de superioridad, como si nada en el mundo la afectara.

—¿A qué has venido, Amelia?— mi voz sonó áspera, hasta yo mismo lo noté —. No has cambiado, ¿verdad?

—Muy acogedor, Archie. ¿Y ella? ¿Una nueva amiga? Veo que no has perdido ni un minuto —respondió con sarcasmo, ignorando mi pregunta.

Miró alrededor, examinando la cocina y el salón, como si evaluara si algo había cambiado desde la última vez que estuvo aquí.

Suspiré, tratando de contener la rabia.

—Contesta. ¿Por qué estás aquí?

—¡Porque quería verte! — sonrió, sin disculpas —. Tenía curiosidad, simplemente. Y no pensé que encontraría a tu... a una nueva amiga aquí tan temprano.

—Mi nueva amiga— repetí con amargura —. Es increíble cómo te pasas por alto a ti misma en la ecuación. Como si lo que pasó entre nosotros se borrara por arte de magia.

—¿Lo dices por lo de Robert?

Era alucinante. Amelia seguía sin mostrar ni un rastro de arrepentimiento. Parecía decirlo como si habláramos del tiempo.

Me dolía escuchar su nombre en su boca.

Robert, el esposo de Caroline. Mi cuñado, la persona con la que había compartido tantas noches en cenas familiares, el mismo que me traicionó de una forma que jamás hubiera esperado. El mismo al que le partí la cara la noche anterior.

—Sí, Amelia. Por lo de Robert. ¿Te acuerdas de que ese pequeño detalle destruyó nuestra relación? Porque yo no he podido olvidarlo.

Se habían liado.

Los vi besándose, y Amelia me juró que no pasó de ahí.

Eso fue lo que provocó mi hartazgo aquel día en Central Park, cuando lancé el anillo que iba a darle a Amelia en su rincón favorito del parque justo antes de que me se quedara callada cuando le pregunté si estaba arrepentida.

Desvió la mirada y, por primera vez en años, su fachada se quebró un poco. Pero enseguida se recompuso.

—Fue un error, Archie. Los dos sabemos que no fue nada serio.

—A ver, aclárame algo, Amelia— continué con una calma que casi me sorprendía —. ¿Nada serio es destruir una relación de años y sembrar el caos en la familia de alguien? Porque parece

que para ti no hay límites, que todo es un juego.

—¿No estás siendo muy dramático? Ya te dije que solo fue un beso Lanzar el anillo de tu abuela por los aires en un ataque de ira...—replicó, manteniendo su mirada fría y desafiante.

—Dramático —solté una risa amarga—. Tu “error” casi destroza a Caroline, y has puesto a mi madre y a Cedric en una posición en la que intentan arreglar los escombros de vuestro... desliz. Y lo peor es que ni siquiera mostraste un mínimo de arrepentimiento.

—Pensé que me habías perdonado— contestó ella, cruzando los brazos —. ¿No es eso lo que hiciste al principio? Que intentaríamos seguir juntos después de lo de Robert, ¿no?

—Sí, pero eso fue antes de darme cuenta de que todo tu remordimiento era fingido —la miré, tratando de buscar en su rostro algún indicio de la persona con la que alguna vez había compartido tantos planes y sueños—. Antes de entender que nunca ibas a asumir tu responsabilidad por lo que hiciste.

Amelia me observó en silencio, con sus ojos afilados, pero aquella máscara de indiferencia comenzaba a caer.

—Archie... Yo hice lo que pude para arreglarlo, pero tú tampoco eres un santo.

Solté una carcajada amarga.

—¿Ese es tu argumento? ¿Esa es tu forma de excusar tu aventura con mi cuñado?

—No existe ninguna aventura. Lo único que te duele es que esto haya salpicado a tu familia. A tu hermano en plena carrera política. Nada más —replicó, devolviéndome la mirada con frialdad.

—Por supuesto. Y, ¿sabes qué? Esa es precisamente la razón por la que, incluso hoy, ver tu cara me causa asco.

—¿Y tu nueva amiguita? ¿La que ha salido por patas? ¿Es solo un intento de borrar el pasado?— Amelia sonrió, burlona—. Sabes que siempre has odiado la soledad, Archie. Siempre has necesitado a alguien.

La rabia aumentó en mí, y las palabras surgieron sin pensar ni una sola:

—Ellen no es como tú, Amelia. No trates de compararte, porque ella es todo lo que tú nunca fuiste y jamás serás.

Frunció los labios, visiblemente afectada, aunque intentara fingir lo contrario.

—Bien. Pues espero que sea tan perfecta como tú crees— dio un paso hacia la puerta, visiblemente cabreada—. No puedo creer que te estés dejando engañar por alguien que, por lo que he visto, ni siquiera conoce a la verdadera familia Clarke.

—Conozco muy bien a mi familia, y la diferencia es que ella no carga con una doble cara ni con excusas. Es alguien real, Amelia. Algo que tú nunca pudiste ser.

—Está bien, Archie. Quédate con tu nueva ilusión, pero no olvides una cosa: te vas a dar cuenta de que nunca podrás librarte de los Clarke y sus secretos. Todo lo que hoy criticas, terminará formando parte de tu día a día, de una manera u otra.

Amelia se giró y se marchó sin mirar atrás, como si esa escena de despedida fuera solo una nota a pie de página en su vida, una molestia que había venido a sacudirse de encima.

Acusé el vacío en cuanto se fue.

Caminé hacia el ventanal, y observé cómo la nieve caía copiosamente, y de repente caí en la cuenta: Ellen no estaba aquí. La imagen de ella saliendo de mi vida, de esa manera y en medio de una tormenta de nieve, me hizo reaccionar.

No era solo el hecho de que hubiera ese encontronazo con Amelia, sino que en su mente ya debía de estar dudando de quién era yo.

¿Hasta qué punto le había dado razones para confiar en mí? Me llevé una mano a la cabeza y

cerré los ojos, frustrado. La posibilidad de perder a alguien como Ellen me hizo sentir una desesperación que no había experimentado en años.

Cogí el móvil y marqué su número. El tono de espera se alargaba, y yo apenas podía respirar, imaginando que probablemente no contestaría, o peor aún, que se negaría en rotundo a verme.

CAPÍTULO 10

ELLEN

Sentada junto a la ventana, observaba la nieve cayendo en copos densos que se apilaban sobre las calles vacías. Las luces de la ciudad apenas se distinguían a través de la cortina, pero ese paisaje tan gélido y sereno contrastaba con lo que me carcomía por dentro.

Mi móvil vibraba en la mesa cada pocos minutos. Las llamadas de Archie parecían incesantes, y aunque parte de mí se moría de ganas de contestar, la otra, herida y agotada, me obligaba a ignorarlo.

Sabía que no podía culparlo completamente.

Amelia había llegado sin avisar, sin dejarme margen para prepararme, y, aunque me aseguró que ya no significaba nada para él, me quedaba claro que aún había muchos cabos sueltos.

La noche anterior había sido... intensa. Pero era precisamente eso lo que me confundía. Me había dejado llevar, había bajado todas mis defensas, y ahora todo me parecía tan frágil como esas finas capas de nieve sobre el suelo.

Mi móvil vibró de nuevo, pero esta vez era un mensaje de Constance. Respiré hondo y, por fin, lo leí:

Constance: *¡Dime que estás bien! Sabes que me preocupo cuando no das señales de vida después de una cita. No me dejes así, mujer.*

Sonreí, a pesar de todo, y le contesté rápido:

Yo: *Estoy bien, tranquila. Fue... interesante.*

Constance: *¿Interesante? Eso no suena a buenas noticias. ¿Qué pasó?*

Suspiré, preguntándome cuánto debía contarle. Pero entonces decidí soltarlo, al menos en parte. Necesitaba hablarlo con alguien, aunque fuese a través de una pantalla.

Yo: *Es una familia complicada. Hay demasiados secretos, y encima, su ex apareció esta mañana.*

Constance: *¡No! ¿Y él qué hizo?*

Yo: *Le dijo que estaba conmigo, sí, pero es evidente que hay cosas sin cerrar del todo entre ellos. No sé si quiero meterme en algo así. Me fui y los dejé allí.*

Constance: *Bueno, al menos te lo ha dejado claro, ¿no? Eso cuenta. Mira, Ellen, a veces pensamos demasiado y sentimos demasiado poco. Igual deberías hablar con él, ¿no crees?*

Me quedé mirando el mensaje. Hablar con él. Tenía sentido, pero la herida aún estaba abierta, y no estaba segura de si quería arriesgarme más. Empecé a escribir algo de respuesta cuando un ruido me hizo mirar hacia la puerta. Habían golpeado con insistencia.

Me levanté, y al asomarme por la mirilla, vi a Archie, cubierto de nieve, con el rostro tenso y sus ojos buscando los míos a través de la puerta.

Abrí la puerta con lentitud, aún sin saber qué decir. Al verme, dio un paso hacia adelante, y yo retrocedí, aún insegura.

—Ellen, por favor, ¿podemos hablar? —dijo él, con la voz baja, pero urgente.

Me crucé de brazos, intentando mantener la distancia que sentía necesaria.

—No deberías estar aquí, Archie. Creo que dejaste cosas pendientes, y no quiero ser la persona que está en medio de todo eso.

Él negó con la cabeza, dando un paso más hacia mí, ahora decidido.

—No, Ellen, no estás en el medio de nada. Es lo último que quiero. Vine porque quiero que entiendas algo. Estoy aquí porque te quiero a ti, porque lo que siento es tan... fuerte, que no podía dejarlo pasar sin intentarlo.

Lo miré, sintiendo un tirón en el pecho, queriendo creerle, pero los recuerdos de la noche anterior me mantenían cautelosa.

—Archie, el tuyo es un mundo que no conozco, rodeada de secretos y de... tu ex planeando como un fantasma. Es obvio que ella aún cree que tiene un lugar en tu vida. Y no creo que yo deba pagar las consecuencias de eso.

Él me miró con intensidad, y asintió.

—Tienes razón en que esto es complicado, pero te juro que ya está todo finiquitado—se detuvo un segundo, como si necesitara medir sus palabras—. Amelia vino esta mañana sin invitación, porque está acostumbrada a salirse con la suya, a controlar la situación. Pero le dejé claro que no hay vuelta atrás. Que se terminó.

Aún así, no respondí, sin querer mostrar lo aliviada que me sentía por escuchar esas palabras. Él se acercó, bajando la voz, más sincero de lo que jamás lo había visto.

—Y hay algo más que debes saber. Caroline, mi hermana, ha tomado una decisión importante. Esta mañana presentó una demanda de divorcio contra Robert —su expresión cambió, y vi algo de dolor en sus ojos—. Sé que toda la familia ha intentado protegerla, convencerse de que lo mejor era salvar las apariencias. Pero ahora Caroline ha decidido dar el paso y tomar el control de su vida. Por fin. Y yo quiero hacer lo mismo.

Lo miré, dejando que sus palabras se asentaran en mi mente. Sentí que sus palabras eran sinceras, que no había nada más oculto en ellas. Por primera vez, sentí que estábamos en el mismo lugar, que los dos podíamos construir algo real, sin sombras.

—Ellen, no sé cómo explicar lo que siento sin sonar a locura. Apenas te conozco, y ya eres lo más importante en mi vida. No sé si tiene sentido, pero estoy seguro de que quiero intentarlo contigo.

Me quedé en silencio, intentando procesar todo lo que había dicho. Había luchado por llegar hasta aquí, y parecía tan dispuesto a apostar por mí como yo lo estaba por él, a pesar del miedo.

—Archie, esto no es fácil para mí, pero... quiero darte una oportunidad —suspiré—. Esto no es algo normal, y estoy segura de que mis amigas pensarán que he perdido la cabeza, pero quiero

intentarlo contigo.

Él sonrió, un destello de alivio en sus ojos.

—Eso es todo lo que necesito escuchar. Prometo no decepcionarte.

Se acercó lentamente, tomándose de las manos, y yo sentí cómo mis defensas finalmente se derrumbaban. Nos miramos en silencio, dejando que el momento se alargara, hasta que, sin decir nada más, nos besamos. Fue un beso lleno de todo lo que habíamos dejado sin decir y de todo lo que queríamos empezar a vivir.

Cuando nos separamos, nuestras respiraciones se entremezclaban en el frío del salón, y noté que la nieve afuera caía con más fuerza. Pero, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba exactamente en el lugar en el que quería estar.

Me reí, y él me miró con curiosidad.

—¿Qué es tan divertido?

—Nada, solo que... pensé que me pasaría el fin de semana lamiéndome las heridas, y aquí estamos, en medio de una nevada, comenzando algo nuevo...

—Pues acaban de lanzar una alerta para que todo el mundo se resguarde este fin de semana, así que me temo que vas a tener que aguantarme...

Archie esbozó una sonrisa pícaro y me miró con esa intensidad que me había hecho perder la cabeza desde el principio. Y, por primera vez en mucho tiempo, no tuve ni una sola razón para quejarme.

EPÍLOGO

Un año después

ELLEN

Aquella noche, el salón de Ada Clarke en el hotel brillaba con la misma intensidad que el año anterior, aunque esta vez todo parecía diferente.

El evento era más formal; Cedric estrenaba su cargo como gobernador de Nueva York, y mi vestido de lentejuelas rojo reflejaba la luz de los candelabros.

—¿Qué tal? ¿Nerviosa?— Archie me dio un leve codazo mientras bajábamos del coche.

—No estoy nerviosa —respondí, mirando la gran entrada con cierto escepticismo—. Bueno, quizás un poco. Todo esto es tan... grande.

—Sí, imagino que la noticia de esta noche va a ser una bomba —sonrió de lado, dándome un pequeño beso en la frente antes de tomarme de la mano—. Vamos, futura mamá, tú puedes con todo.

¡Eso! La gran noticia de la noche: Ada Clarke estaba a punto de enterarse de que, por fin, tendría un nieto en camino. A mí, en cambio, todavía me costaba asimilarlo. Solo habían pasado unas semanas desde que el test dio positivo, y aún no sabía cómo se lo tomaría mi madre, quien seguía revisando las etiquetas de la ropa que llevaba para asegurarse de que todo fuera digno de los Clarke.

Cuando entramos, Ada ya estaba inmersa en sus saludos formales, sonriendo de ese modo estricto pero cálido, flanqueada por una legión de tíos y primos de Archie que parecían la realeza de Manhattan.

—¡Archie! ¡Ellen! —exclamó, abrazándonos con algo que a su modo de ver seguro era efusión—. Cedric y Caroline están a punto de llegar. Y espero que también hayan preparado algún anuncio como el resto de la familia. Ya sabéis, algo importante para el gobernador de Nueva York.

Archie y yo intercambiamos una mirada. La última vez que se habló de “anuncios” en esta cena, habíamos salido de aquí con un par de gritos y un puñetazo en la cara de Robert.

—Lo estamos considerando, mamá, no te preocupes —dijo Archie, intentando desviar el tema—. Lo importante es que sea una noche inolvidable para todos.

Al otro lado del salón, vi a Cedric entrando rodeado de lo que parecía una mini-seguridad presidencial y, junto a él, Caroline. Ella estaba radiante, y a su lado había un hombre alto y con pinta de salir de una portada de revista.

Caroline lo miraba con esa expresión de orgullo que solo una Clarke pondría al traer un nuevo novio a la familia, aunque la aprobación de Ada no estaba garantizada.

—Bueno, y aquí viene el otro anuncio de la noche. El nuevo novio de Caroline —murmuré a Archie—. ¿Crees que Ada le dará el visto bueno?

—¿El visto bueno? Por supuesto que no. El pobre será evaluado durante los próximos cinco años, y tal vez, solo tal vez, un día dejará de mirarlo como si fuera una bacteria microscópica.

—Yo tuve el visto bueno enseguida —repliqué.

—Tu caso es distinto.

—¡Caroline! —exclamó Ada con su sonrisa intacta—. Y tú debes ser Logan.

El chico nuevo, al que ya estaba considerando parte de nuestra recién ampliada y extravagante familia, extendió una mano. Sin embargo, Ada se limitó a mirarlo de arriba abajo, como si estuviera evaluando su valor neto solo con el escaneo visual. Era el ritual de iniciación de cualquier “anexado” a los Clarke, y Logan parecía estar pasando el examen de primer contacto.

Mientras Ada se entretenía con los otros, aproveché para buscar una copa de champán. Iba a necesitarla antes de que nos tocara anunciar nuestra noticia. Pero justo cuando estaba a punto de llevarla a mis labios, Archie se acercó y me la quitó.

—Nada de eso, futura mamá. Agua con gas y a disfrutar —susurró, pasándome un vaso con una rodaja de limón que no era ni remotamente tan festivo como el champán.

—Eres un aguafiestas, Archibald Clarke —dije, mirando el vaso con desgana—. No sé cómo te he aguantado tanto.

—Debe ser porque soy guapísimo y, además, estoy dispuesto a hacer de ti una mujer respetable —guiñó un ojo y me hizo reír, lo cual no ayudó a que pasara desapercibida, ya que Ada se giró justo en ese momento.

—¿Ellen? ¿Archie? ¿Qué tal va todo? ¿Alguna novedad? —preguntó.

Le lancé una rápida mirada a Archie. Él me devolvió una sonrisa traviesa y asintió con la cabeza, dándome el empujón que necesitaba.

—Ada, bueno, ya que preguntas... —comencé, consciente de cómo todos en la sala parecían haberse inclinado hacia adelante—. Archie y yo queríamos esperar hasta el final de la noche para decirlo, pero... ¡vas a ser abuela!

Ada parpadeó un par de veces, su expresión mezcla de sorpresa y... ¿placer? Al menos, eso creí ver por una milésima de segundo.

—¿Abuela? —repitió, mirándonos con ojos muy abiertos y quizás un poquito húmedos.

Cedric, que había venido a ver por qué todos murmuraban, soltó una carcajada y me abrazó.

—Sabía que alguien iba a hacer feliz a mamá esta noche. Y pensé que sería yo —dijo, medio en broma—. Pero vosotros sí que sabéis cómo dar la campanada.

Ada, mientras tanto, se acercó, y por primera vez en el tiempo que llevaba conociéndola, me abrazó con un afecto verdadero.

—Entonces, tenemos un pequeño Clarke en camino. Menuda bendición. Espero que esta familia lo trate bien y que... por el amor de Dios, mantenga algo de la cordura que ha faltado este último año —dijo con una media sonrisa, observando a cada uno de sus hijos con una mirada severa.

La conversación derivó en cómo Ada estaba segura de que quería ayudar a diseñar el cuarto del bebé y en todos los accesorios “adecuados” que debería tener, por lo que Cedric me guiñó el ojo y yo respondí con una sonrisa resignada. Archie solo se limitó a tomarme de la mano, sonriendo, mientras su madre y el resto se enfrascaban en sus ideas de “bebe Clarke”.

—No he dicho aún nada, pero... ¿qué opinas de pintar la habitación del bebé de verde? —le susurré a Archie mientras nos apartábamos un momento a observar cómo Cedric y Ada seguían con los planes decorativos.

—Opino que me ha tocado la lotería contigo, Ellen. Y que el color es lo de menos mientras

sea una habitación en la que entremos juntos cada noche a darle las buenas noches —besó mi mano, y me miró con esa expresión de ternura que hacía que todo valiera la pena.

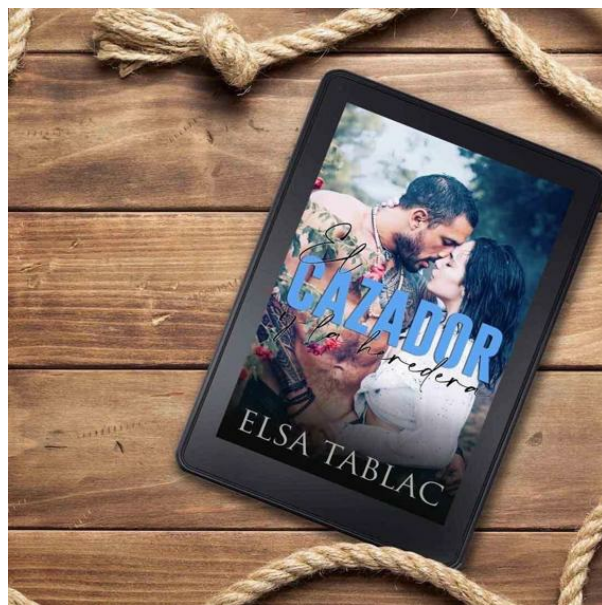
Y así, en medio de la nieve y la música, los abrazos y el caos habitual de los Clarke, supe que, definitivamente, lo había encontrado todo: familia, amor, y un futuro que brillaba tanto como las luces que adornaban el salón.

**

Si te apetece leer más historias de MILLONARIOS DE MANHATTAN, puedes encontrarlas todas [aquí](#).

YA DISPONIBLE

EL CAZADOR Y LA HEREDERA



Isabella Faust, una joven y rica heredera en busca de libertad, huye de la presión familiar y se refugia en los bosques salvajes de Oregón.

Allí se encuentra con Finn, un cazador solitario y protector, cuya vida en la naturaleza es tan dura como él mismo.

Lo que empieza como una atracción instantánea se convierte en una pasión incontrolable, mientras el peligro acecha en las sombras del bosque. Entre el deseo, los secretos y la tensión familiar creciente, ambos se enfrentarán a un amor tan salvaje como el entorno que los rodea.

YA DISPONIBLE

[ELLA, INCORREGIBLE](#)



Freddy Bolt, un agente de libertad condicional novato, nunca imaginó que su primer caso en Boston cambiaría su vida.

Lois es una exconvicta que ha cumplido condena por un serio delito de estafa. Es misteriosa, seductora y, sobre todo, inalcanzable. Y ahora Freddy es su agente de la condicional.

A medida que él se ve arrastrado por una atracción prohibida, la tensión entre ellos crece, poniendo en riesgo su carrera y su corazón. Y pronto Freddy tendrá que decidir si vale la pena romper todas las reglas por el amor de una chica como Lois.

Si deseas estar informada sobre próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic [aquí](#).
¡Nada de spam, prometido!

Haz clic en “seguir” en [mi página de autora de Amazon](#), donde podrás ver todas las publicaciones disponibles hasta la fecha en ebook y papel. Si te ha gustado esta historia, por favor, considera dejar una valoración o una reseña en Amazon. Eso nos ayuda enormemente a las autoras independientes ;)

¡Gracias por la lectura!

XXX,

Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?

¡No te pierdas mis series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

¿Trabajo o placer?

[Tu muro de hielo](#)

[Una llama prende entre nosotros](#)

[Un romance por entregas](#)

[Jefe, hechizo y Halloween](#)

[Ella, incorregible](#)

El largo verano del amor

[Un amor desértico](#)

[Un amor feroz](#)

[Un amor oculto](#)

Millonarios de Manhattan

[Millones de razones](#)

[Docenas de rosas](#)

[Altas dosis de protección](#)

[El yate del deseo](#)

[Fuego en la mirada](#)

[La rehén del millonario](#)

[La obsesión del magnate](#)

[Destellos de poder](#)

[La cura de tus heridas](#)

[Loco por la barista](#)

[Melodía de dos mundos](#)

Rudos y románticos

[El cazador y la heredera](#)

No deberíamos

[Algo atrevido](#)

[Algo arriesgado](#)

[Algo temerario](#)

[Algo prohibido](#)

Hotel Paradiso

[Las vacaciones que necesito](#)

[El océano que nos separa](#)

[El millonario que me espera](#)

[El naufrago que la sedujo](#)

[La estrella que se esconde](#)

[El detective que me sigue](#)

[El heredero que regresa](#)

[El mafioso que la reclama](#)

Serie MINIS

[Todo por un anillo \(Minis #1\)](#)

[Todo por una entrevista \(Minis #2\)](#)

[Todo por una tormenta \(Minis #3\)](#)
[Todo por una aventura \(Minis #4\)](#)
[Todo por una película \(Minis #5\)](#)

Oficina WonderBooks

[Lejos de su ambición](#)
[Cerca de tu mesa](#)
[Fuera de mi alcance](#)
[Hasta que fue inevitable](#)

Las hermanas Alcott

[Su eterna promesa](#)
[Su eterna presencia](#)

Pasión sin fronteras

[El turco](#)
[El profesor de inglés](#)
[La reportera](#)
[Mercurio retrógrado](#)

Los hombres de la montaña

[A ocho metros del leñador](#)
[A cinco minutos del guardabosques](#)

Títulos independientes y novelas

[Hija de la mafia](#)
[Maldito millonario en Isla Antigua](#)
[¡No pienso besar al grinch!](#)
[La huida de Bella](#)
[La espía que te amó](#)
[El asunto Danvers](#)
[Cinco veranos hasta encontrarte](#)
[Catriona: un romance rockstar](#)